

Tovar, Juan de. *Historia mexicana*. Editado por Jaime Marroquín Arredondo y José Luis Nogales Baena, Madrid/Sevilla/Frankfurt: Iberoamericana/Editorial Universidad de Sevilla/Vervuert, 2025

Javier Galaso

Universidad Complutense de Madrid, Instituto Universitario Seminario Menéndez Pidal ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/alhi.108592>

Cuenta una antigua leyenda mexicana que, durante las guerras entre las siete tribus del valle de México, fue apresado por el enemigo uno de los hermanos del rey. Tras ser tomado, sus captores quisieron nombrarlo su líder, tal vez en un ejercicio de mofa o como último intento de despojarle de todo cuanto le quedaba. El príncipe exigió que, para su coronación, lo alzasen del poste más grande que encontraran: sólo entonces se convertiría en el dirigente de un pueblo enemigo. Fue entonces, desde arriba en lo alto y a la vista de todos, cuando rompió su cautiverio: el hombre se precipitó al vacío y, antes de morir descuartizado contra el suelo, declaró que nada podría hacerle dar la espalda a su pueblo. Que nunca traicionaría a los suyos.

El relato, recogido por el jesuita Juan de Tovar en torno a 1587 durante su estancia en Tepotzotlán, aparece en su “Relación del origen de los Indios que habitan en esta Nueva España según sus historias”, parte del famoso *Códice Tovar* que Jaime Marroquín Arredondo y José Luis Nogales Baena editan críticamente bajo el título de *Historia Mexicana*. La narración trata sobre el príncipe Ezhuahuácatl, hermano de Motecuhzoma Ilhuicamina y preso en la guerra contra Chalco por sus contrincantes (201). A ella le acompaña una de las 50 ilustraciones que componen el código, las cuales Marroquín y Nogales incluyen en su edición siguiendo el riguroso orden que Tovar previó para ellas. Los editores glosan críticamente esta imagen-al igual que al resto de figuras que forman parte del texto-explicando algunos de sus rasgos más sorprendentes:



Figura 1. “El que se arrojó por no ir contra su patria” (200).

En esta figura destaca un fuerte dinamismo, inusual al resto de ilustraciones: en ella se aprecia el momento de la captura, la danza burlona del protagonista sobre el poste y, finalmente, su cuerpo desmembrado a los pies de los señores chalcas. Además, en la esquina superior derecha aparece un glifo ajeno a las representaciones habituales de Motecuhzoma Ilhuicamina, un enigmático emblema al que Marroquín y Arredondo refieren como “una espina de maguey seca-de color amarillo claro-, el común instrumento entre los nahuas para sangrar alguna parte del propio cuerpo, junto a un paño rojo con bordes amarillos” (201).

En esta *Historia Mexicana* encontramos la primera edición crítica y completa del así llamado *Códice Tovar* (ca. 1587), formado por la “Relación” anteriormente citada—una narración que, a partir el cotejo de diversas fuentes indígenas, contempla la historia de la última nación en partir de la mítica región de Aztlán hasta la trágica muerte de Motecuhzoma Xocoyotzin (“último señor airado”)—; seguida del “Tratado de los ritos y ceremonias y dioses que en su gentilidad usaban los indios de esta Nueva España” y de un calendario. Se trata de un texto a ocho manos que, a pesar de ser mayoritariamente autógrafo del jesuita Juan de Tovar, está intervenido por tres *tlacuiloque* distintos, creadores de las distintas acuarelas ya mencionadas (Marroquín y Nogales, 90).

En esta ocasión, el código tripartito del jesuita recibe un nuevo nombre: de tal manera, ya desde su título, esta edición invoca la voz *historia* con el doble objetivo de, por un lado, hacer resonar la noción renacentista del término, así como de dar cuenta de la complejidad inscrita en el ambicioso proyecto de su autor. Además, el volumen editado por Marroquín y Nogales incluye como anexo las ilustraciones del *Códice Ramírez*, única copia manuscrita del de Tovar, que han empleado como cotejo para su edición. En el completo estudio introductorio que los editores ofrecen a su *Historia Mexicana*, encontramos información no sólo acerca del contexto histórico y las vicisitudes que desde el punto de vista antropológico y literario atraviesan al texto, sino también una rica explicación acerca de la historia del manuscrito y su devenir editorial. A este respecto, Marroquín y Nogales explican que el largo periplo que atravesó el *Códice Tovar* comenzó desde su condición de existencia: inicialmente, Juan de Tovar escribió una extensa historia oficial ilustrada de México, resultado de un vasto proyecto de traducción de las historias y saberes aztecas, encomendado por la corte virreinal y el Consejo de Indias—proyecto que fue requisado y del cual no nos queda ni un resquicio (12). Años después, Tovar elabora el código que hoy conocemos, como un resumen de la historia escrita anteriormente, utilizando la *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme* (1581) de Diego Durán como referencia; lo escribe a petición expresa de José de Acosta, quien le hacía este encargo para poder incluir ese pedazo de la historia de México en su *Historia natural y moral de las Indias* (1585).

En la tercera parte de la *Historia* de Tovar, dedicada al calendario, se encuentra el que quizás sea uno de los pasajes más fascinantes y elocuentes de todo el volumen:



Figura 2. “Títitl” (346).

Se trata del apartado dedicado a *Títitl*, la decimosexta de diez y ocho *metzli* que componían un *cempohuallapohualli*: a la izquierda, destaca la figura del hombre vestido únicamente con un *máxtlatl* y que sostiene una sogá entre sus manos, representando, según Tovar, “la máquina del mundo contra la gran violencia de los vientos” (344). Por otro lado, sorprende el lado derecho de la imagen: en él, el *tlacuilo* esboza una serie de dibujos que parecen querer establecer un punto de referencia para sus lectores cristianos. En algunos puntos de la columna que indica los días que alberga *Títitl*, aparecen inscritas fechas señaladas del calendario litúrgico, tales como la Epifanía, el nacimiento de Cristo o el día de san Juan Evangelista. No sólo eso, sino que esboza una línea roja entre los días correspondientes al 31 de diciembre y el primero de enero, línea que alcanza hasta la siguiente página, dedicada a *Izcalli*, y que aterriza en el dedo de una figura que recuerda a un hombre europeo, español, vestido con sayo, sombrero rojo y un cinto verde mientras sostiene entre sus manos un libro, que parecería denotar una forma distinta y autorizada de medir el tiempo y el espacio (Marroquín y Nogales, 101):



Figura 3. "Yzcalli" (347)

Ambas ilustraciones encarnan con especial ahínco el término de "traducción epistémica", concepto acuñado por Katja Krause, Maria Auxent y Dror Weil y que Marroquín y Arredondo emplean para referirse a la *Historia Mexicana*. De esta forma, en el proceso de reescribir el conocimiento calendárico a un lenguaje fonético, ajeno a aquel en que fue compuesto, el texto al que accedemos se ve obligado a traducir culturalmente algunos de sus elementos para ser legible. Y es que, en palabras de los editores, el *Códice Tovar*, al igual que el resto de la historiografía de Indias, es "resultado de procesos de traducción en los que cada uno de sus múltiples participantes tiene una agenda individual y diferentes recursos y métodos a su alcance" (Marroquín y Nogales, 68).

Esta condición se ve reflejada en otros capítulos, como el dedicado al dios Huitzilopuchtli, donde Tovar afirma que sus "ceremonias son muy diversas y tienen mucho de notar, porque unas simbolizan a algunas de nuestra religión cristiana, y otras, a la ley vieja. Era tan temido y reverenciado este ídolo de toda la nación indiana, que a él sólo llamaban Todopoderoso y Señor de lo Criado [...]" (253). Pero esta influencia europea y cristiana no sólo se refleja en el texto escrito; más adelante, el *tlacuilo* incluye una figura que representa uno de los rituales de sacrificio encomendados a este Dios:



Figura 4. "Modo de sacrificar sacando el corazón y dando con él en el rostro al ídolo. Era el común" (268).

En esta acuarela sorprende la perspectiva oblicua de los sacerdotes, así como del cielo y el suelo que enmarcan la imagen y la sitúan espacialmente. Como subrayan Marroquín y Arredondo, se trata de rasgos que son más propios de la pintura renacentista que de las convenciones pictóricas mesoamericanas (90).

Finalmente, todas estas cuestiones que atraviesan al texto son perceptibles gracias a la cuidada edición filológica del *Códice Tovar* que la *Historia Mexicana* de Marroquín y Nogales ofrece. Dicha edición se apoya en la hipótesis de que el *Códice Tovar* (T) es un texto cuyo autor escribió apoyándose en la obra de Durán, y que después fue copiado por un amanuense dando como resultado el *Códice Ramírez* (R); así, la *Historia Mexicana* revela esta filiación entre T y R en un rico aparato de notas que refleja los puntos de divergencia y convergencia entre uno y otro. Asimismo, se coloca en la estela de otras grandes ediciones filológicas de la literatura de los virreynatos, tales como la de la *Historia natural y moral de las Indias* (2008) elaborada por Fermín del Pino; la que Guillermo Serés hizo de la *Historia verdadera*

de la conquista de la Nueva España (2010) o la que Mercedes Serna y Bernat Castany confeccionaron de la *Historia de los indios de la Nueva España* (2014). El resultado es un texto accesible y robusto, cuyos sólidos criterios de edición regularizan las vacilaciones y alternancias ortográficas del manuscrito a la vez que reflejan las características propias del castellano novohispano del siglo XVI. En definitiva, en la *Historia Mexicana* de Juan de Tovar el crítico, el filólogo y también el estudiante o el interesado por la literatura colonial, encontrará una narración rica y compleja, cuyas enigmáticas figuras lo solicitan y llaman.